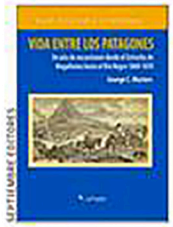
Memorias de un esclavo y un explorador de la desconocida Patagonia

Se publican en Chile los testimonios de dos jóvenes, un francés y un inglés, que recorrieron este territorio cuando aún era un misterio para los europeos. Sus registros han servido para estudios de los pueblos indígenas.

CONSTANZA ROJAS VALDÉS

La historia de cómo Auguste Guinnard (1831-1882), un francés hijo de un capataz y una dueña de casa, llegó a convertirse en esclavo de una tribu indígena en la Patagonia es una cadena de decisiones erradas. Cómo logró ascender hasta ser secretario del cacique que dominaba la pampa y luego sobrevivir para contar sus vivencias en un libro es un relato afortunado. Y todo esto lo sabemos gracias a esta publicación en francés de 1864 que Guinnard tituló "Tres años de esclavitud en la Patagonia", y que Septiembre Ediciones edita ahora traducido.



Este libro fue uno de los que leyó George Musters (1841-1879) antes de hacer su propio viaje por la Patagonia, de un tono totalmente distinto. El inglés de 29 años se sumó voluntariamente a un grupo tehuelche en su recorrido en dirección noroeste, desde la desembocadura del río Chico, en el Atlántico. Se cree que estaba investigando qué oportunidades económicas tenía el territorio. En 1871 publicó "En casa con los patagones", que Septiembre Ediciones reedita junto con el libro de Guinnard. Titulado ahora "Vida entre los patagones", se basa en la traducción hecha en Buenos Aires en 1911.

"Estos libros han sido fuente para los estudios de los antropólogos y etnólogos. Son casi los únicos que tienen una descripción desde el interior de estos pueblos, de cómo era el día a día", dice Juan Pedro Broussain, editor de estos libros.

Guinnard trató sin suerte de establecerse en Montevideo y Buenos Aires, hasta que decide irse a Rosario acompañado de un amigo italiano. Viajan a pie con una precaria brújula y sin conocer el territorio. A las tres semanas están completamente perdidos, sin alimentos ni zapatos, y se encuentran con un grupo de indígenas. Asustados, toman la errada decisión de disparar siendo minoría. El contraataque de los poyuches mata al italiano y deja prisionero a Guinnard.

Al francés se le designan tareas que no sabe realizar —como cuidar el ganado—, es intercambiado por mercancías de poco valor y sobrevive comiendo carne cruda. "Más de tres años de residencia forzada en esas regiones me han permitido conocer tres grupos distintos de población, cada uno de los cuales corresponde a una división natural del suelo", escribió. Luego describe su fisonomía, costumbres —desde el hábito de bañarse todas las mañanas hasta su medicina— y supersticiones. Se lee: "Raramente los hombres les dirigen la palabra a las mujeres aunque estén al frente, a menos que no sea su pariente y exceptuando la suegra", "Según ellos, el norte y el sur les son desfavorables. (...) Tienen un gran temor a la muerte y pretenden que la única manera de cuidar la prolongación de su existencia es la de dormirse con la cabeza hacia el este o hacia el oeste" y "Aparte de su bárbara crueldad, esos indios no dejan de ser trabajadores e inteligentes".

Este grabado apareció en un artículo de Guinnard para "Le Tour du Monde", y fue incluido en la reedición de Septiembre Ediciones.

La suerte de Guinnard, quien sufría intensas crisis nerviosas y llegó a intentar quitarse la vida, cambió cuando los indígenas descubrieron que sabía leer y escribir. Gracias a esto llegó a ser secretario de Calfucura, gran cacique de la confederación india, y hasta se le permite montar a caballo y tener una pequeña casa.

El inglés Musters, en tanto, que había sido capitán de la Royal Navy, se suma al grupo tehuelche en 1869, con fines científicos. Al principio se comunica en español, pero luego llega a entender su lengua. En su libro incluye un pequeño diccionario. Broussain explica: "Se incorpora como un miembro del grupo, usando sus vestimentas, una manta de guanaco, dejando sus ropas occidentales guardadas hasta el fin del viaje".

Su testimonio refleja las costumbres tehuelches y la geología, flora y fauna de su recorrido, desconocidos para los europeos. Registra el comportamiento de su grupo y constata que de 18 hombres, solo ocho llegarían al final.

La vida de ambos exploradores termina temprano. Musters nunca dejó de recorrer nuevos territorios, y a los 38 años es nombrado cónsul de Mozambique, pero muere antes de partir. Y Guinnard, a pesar de su ascenso, siempre quiso escapar, y un día lo logra: cruza la cordillera a pie, hasta llegar a lo que hoy es Quillota. Regresa a Francia, se casa, tiene hijos, publica su libro, y en 1882 simplemente desaparece. Se cree que se quitó la vida, porque a pesar de alejarse de la tribu que lo esclavizó, nunca se liberó de las crisis de sus años de cautiverio.